

A woman with dark curly hair and blue eyes stands centrally against a deep red background. She wears a white spaghetti-strap top with a tie-front detail and a long, flowing red skirt with a black vertical stripe. Her right arm is adorned with several gold bangles and a ring. Her hands are clasped in front of her. The background features a decorative border at the top and bottom consisting of a repeating diamond pattern. Stylized blue and white floral motifs are positioned around the text.

LA SIBILA

DE COLOBONA

JESÚS MAESO DE LA TORRE

Colobona, la Trebujena tartésica, es la culminación de un destino iniciado en Tiro, al otro extremo del Mediterráneo. Berenice, joven fenicia de noble cuna, es vendida como esclava víctima de una conspiración. La flor de loto tatuada en su piel, símbolo de Astarté, será el sagrado talismán que la proteja y guíe sus pasos hasta convertirse en sacerdotisa- adivina de la diosa: la sibila de Colobona. Jesús Maeso nos lleva de nuevo con este libro a la época cargada de connotaciones míticas de Argantonio, príncipe de los Diez Pueblos, rey de Tartessos.

*Dedico este relato al pueblo de Trebujena, —la Colobona de la antigüedad—, por el afecto que siempre nos han regalado a mi mujer Pepa, trebujenera de adopción, y a mí mismo.*

*Y al grupo de amigos más cercanos por su generosa estima y por hacerme sentir como uno de ellos.*

Colobona es una plaza fortificada (hoy identificada con Trebujena) cuyo nombre deriva del griego Kolobón, que proviene a su vez de un nombre tartesio anterior, Conobaria.

PLINIO, historiador romano

Se comerciaba con el trigo, el vino, el aceite, el pescado, el *garum* y otros productos, bien de esta tierra o bien de los próximos poblamientos tartesios de Hasta, Évora, Colobona o Nabrissa.

NARCISO CLIMENT, historiador

Schulten, el arqueólogo alemán, crea la teoría de que una colonización griega arcaica de origen cario, en Asia Menor, fundan ciudades como Carissa, Colobona y Nabrissa en el epicentro de Tartessos.

ANTONIO CARO BELLIDO, historiador

# TIRO

Decir Tiro es nombrar en Fenicia el Jardín de Dios, con sus vergeles verde-mar y palmerales, y un diluvio de luminosidad que estalla en los miradores, los palacios y las mansiones.

*Tartessos*

**B**erenice era tenida en Tiro como una princesa de la vieja estirpe.

Era la hija predilecta del mercader Aaronit de Akkar, un ministro de ascendencia real y hombre de confianza de los reyes de Tiro, que ostentaba la relevante función de *wakil tamkari*, oficial para los negocios mercantiles del emporio marítimo fenicio.

Aaronit gobernaba el comercio del puerto y la red productiva de la ciudad, y de su mano partían los fondos para los comerciantes tirios que surcaban el mar Interior. Ella amaba a su padre, hombre de carácter dominante y talentoso, melena leonada y barba rizada al estilo persa, que era tan poderoso, como despiadado con sus enemigos.

Se había casado con Casandra, una griega de Siracusa, pariente de Gelón, el tirano de la ciudad, de cuya unión había nacido la dulce Berenice. Mujer de gustos exquisitos, había colmado la infancia de su única hija de mimos y atenciones, convirtiéndola en la época más feliz de su vida.

Cassandra pertenecía a una antigua raza de mujeres enigmáticas e impetuosas que se habían dedicado a la adivinación en el oráculo del templo de Afrodita, donde eran consideradas como sacerdotisas sabias e intocables de la Madre Tierra. Poseía un corazón sentimental y se sentía orgullosa de propiciar el contacto con los dioses en beneficio de sus semejantes.

Pero Cassandra no era feliz en Tiro. Su esposo la olvidaba con demasiada asiduidad, frecuentando el lecho de sus concubinas y planeando bacanales que terminaban en escandalosas orgías de las que se hacía eco toda la ciudad. Comenzó a languidecer cuando Berenice cumplió los once años. La griega perdió su proverbial belleza y los físicos de Tiro no atinaban con el extraño mal que padecía.

Sin embargo, ella sabía que estaba siendo envenenada, pero ignoraba cómo y por quién.

Se lo comunicó secretamente a su marido que no le concedió el menor crédito, e incluso la ridiculizó delante de los criados. Yacía en el lecho con la cara demacrada y el cuerpo lánguido, y los médicos lo achacaban a los largos y húmedos veranos de Tiro. Duró sólo seis meses y expiró arrojando espumarajos por la boca, síntoma inequívoco de que había estado ingiriendo pequeñas cantidades de algún veneno letal. ¿Pero quién había sido la mano homicida?

Berenice se quedó consternada y pensó que mientras más atroz es el daño, más íntimo es el dolor que se siente en el corazón.

Le costaba creer que ya no vería más a su delicada madre, e intuía con rabia quién había sido la causante de su muerte: Nefer la egipcia, la concubina favorita de su padre. Sin embargo, conociendo el carácter de su progenitor, ¿cómo iba a atreverse a señalarla con el dedo acusador sin tener ninguna prueba?

La familia cubrió el fallecimiento de Cassandra con un velo de misterios y jamás se investigó su partida a la otra vida, achacada a su habitual mala salud. Berenice se sentía so-

brepasada por aquella pérdida desmedida, cuya alquimia sólo conocen los que han estado cerca de la muerte de un ser cercano y querido. Pensó incluso en quitarse la vida antes de soportar a la pérfida Nefer, que parecía leer sus pensamientos de inculpación.

La egipcia le sonreía hipócritamente en presencia del padre, y la consolaba con indulgentes promesas que luego olvidaba. Así que su pasajera tristeza no obedecía sino a una lastimosa melancolía por carencia de afectos.

A veces lloraba con lágrimas inconsolables y pasaba días enteros encerrada en su alcoba sin querer ver a nadie. Era su manera de protestar contra el entramado de maldad en el que se movía Nefer. ¿Podría restañar en poco tiempo una herida de las que duran toda una vida?

La niña lanzaba al aire suspiros de un dolor que se había colado en sus entrañas. Se notaba como una sombra de sí misma y los lamentos ahogados de pena se quebraban en sus labios como hojas secas. Para ella el mundo sin su madre se había convertido en un lugar incompleto e imperfecto.

Berenice comprobó muy pronto que Nefer, la excéntrica egipcia de pasado oscuro y lengua despiadada, se había hecho con las riendas de la casa y que tenía embebido a su padre con sus malas artes. Nefer, que no había deseado otra cosa que ocupar el puesto de su madre y rival, fingía pesar por su muerte, cuando había colmado de sinsabores la existencia de Casandra, a la que había despreciado y martirizado en vida.

Berenice la odiaba, aunque también la temía y se cuidaba de ella protegiéndose con un relicario que contenía unos cabellos de su madre y, cómo no, con la señal de la diosa, una «flor de loto» que tenía tatuada en su hombro, el símbolo universal de la inmortalidad y de la diosa Astarté.

Era el tatuaje que le había grabado su madre siendo muy niña, al saber que había heredado el mismo talento que sus antepasadas: predecir hechos futuros, leer en las

mentes ajenas, interpretar los sueños y dialogar con los dioses.

Esa era la gran responsabilidad conferida por su madre y sus antepasadas femeninas.

Pronto se propagó por Tiro su capacidad de adivinar, y las sacerdotisas del templo de Astarté Marina la invitaban a sus oraciones, ceremonias y ritos sagrados, con el consiguiente furor de Nefer.

Esas facultades misteriosas y temibles despertaron el recelo de la concubina, que maquinó la forma de deshacerse de ella a espaldas de su padre, que en el trato con Berenice siempre se había comportado de forma mansa y cariñosa, aunque en los últimos meses había percibido un cambio brusco, pues ya no la acariciaba como antes.

Nefer no podía asesinarla como había hecho con su madre, empleando pequeñas cantidades de agáloco indio y acónito de Menfis que le vertía en los siropes de nébeda, adormidera y opio para sus dolores, a los que tan aficionada era Casandra y que le preparaba una esclava de confianza a la que la concubina había amenazado con la muerte.

La egipcia temía la ira de su diosa protectora Tanit Astarté, por lo que su mente perversa ideó una forma más cruel e inhumana de desembarazarse de la niña. Pero calló y comenzó a rumiar en secreto su perverso plan, que llevaría a cabo con alevosa premeditación cuando la ocasión fuera propicia.

Berenice fue notando un silencio conspirativo a su alrededor, como si fuera una criatura maldita en su propia casa. Siempre la impiedad de Nefer, la soberbia de Nefer, el desprecio de Nefer. Esa era su vida, y notó como si los espejos de su inocencia se hubieran torcido para siempre.

Desde que su madre muriera la existencia había cobrado para ella otra dimensión, la de la desesperanza. Había cruzado un misterioso umbral y entrado en una de las zonas más oscuras de su existencia, perseguida por sus propios demonios.



Su mente comenzó a seleccionar los recuerdos más felices vividos junto a su madre, esos momentos inolvidables que significaban para ella la quietud de su espíritu devastado. Pero esa mujer excepcional y prodigiosa, Casandra, no la había dejado vulnerable ante el mundo, le había legado un rastro inmaterial en su paso por la vida que no tenía precio: predecir el futuro.

Y esa presencia inmaterial, etérea e inalcanzable heredada de Casandra, permanecía inalterable en el corazón de Berenice.

Cuando cumplió los catorce años, se hicieron más virulentos los malos modos de su madrastra Nefer, convertida hacía pocos meses en primera esposa de su padre y en dueña indiscutible del gineceo de Aaronit y de los asuntos de su casa. Su vida se convirtió entonces en un tiempo de miedos callados en los que le podía ocurrir alguna desgracia impensada, como a su afable madre.

Y para olvidar los malos tratos de la egipcia, se subía a la azotea con su esclava, Lais, una siria de piel mate y ojos negríssimos, que se convirtió en su hermana menor, su paño de lágrimas y su confidente, y a quien protegía como si fuera una madre. Con ella se perdía en la pureza cristalina del paisaje de Tiro, en su mar cálido, en las velas de los barcos y en el vuelo de las gaviotas.

Berenice amaba la ciudad donde había nacido y para ella pronunciar el nombre de Tiro era nombrar el edén. La gran metrópoli fenicia se le asemejaba a una crátera de oro flotando en medio de un mar sumiso y azul. Desde la torre mirador avistaba la hermosa ciudadela, las azoteas blancas, el palacio de los reyes y los palmerales que se balanceaban por encima de los tejados de las mansiones de los mercaderes.

Sosegaba su ánimo contemplando en silencio los dos puertos tallados en la roca y el canal atestado de embarcaciones libias, gaditanas, cartaginesas, etruscas y griegas, que adivinaba por el color de sus velas y banderolas.

Frente a la isla de Tiro divisaba el poblado de cañas de Ushu, lamido por los rayos del crepúsculo, que tantas veces frecuentara cogida de la mano de su inolvidable madre. Luego ponía sus ojos en los mosaicos polícromos de la Puerta de Tanit, un fortín de más de cien pies de altura, que por las noches cerraba su portón de cedro de Labanaan tachonado con clavos de bronce.

Lo solían sobrevolar bandadas de gaviotas y siempre estaba repleto de tullidos comidos por la sarna, asnos, soldados de fortuna y cambistas, que sorteaban los cadáveres empalados de los piratas o de los ladrones de bolsas, horrendamente torturados.

Luego, más serenada, tornaba a su aposento.

Cada mañana, para seguir en contacto con los dioses a los que servía, Berenice solía visitar el templo de Melqart y luego el santuario de Astarté Afrodita, su diosa protectora, donde rezaba acompañada de Lais y de un siervo gigantesco que las protegía. A cada paso reavivaba su curiosidad y deambulaba por las calles, mercados y plazas, entre un sofocante hedor a humanidad y a bosta de los camellos, acémilas y dromedarios.

A Berenice le gustaba detenerse en los tenderetes de los cambistas que ejecutaban las transacciones en *kaspu*, «pago en plata», empleando anillos de diferentes tamaños, inventados por sus antepasados. Adquirió por veinte siclos dos copas de oro repujado que donaría a los lugares sagrados, religiosa costumbre que había aprendido de su madre.

Al entrar en el santuario de Melqart ofrendó una de las copas para que garantizase la protección de los barcos de su padre. Dos colosales columnas de oro franqueaban junto al olivo sagrado el solemne santuario del Señor de la Ciudad, el hijo de Zeus y Asteria, fundador de Tiro, donde los devotos confiaban sus dones. En una estela de cedro se podía reparar en una leyenda que anunciaba: «Melqart, nuestro señor, ha resucitado de entre los muertos».

En el pórtico donde se sacrificaban los animales, centenares de lucernas alumbraban tres estatuas de pórvido ante las que rezaban los peregrinos pidiéndole las gracias en papiros que insertaban en los recovecos de los nichos. Una representaba a Hirám, el fundador del imperio mercantil de la ciudad y constructor de sus astilleros. En la segunda hornacina se adoraba a Ithobaal, el monarca que extendió el poder de Tiro hasta el confín de los mares; y al costado, solitaria y enigmática, deslumbraba la imagen del sabio rey Pigmalión, cuya hermana Elissa fundara Cartago.

Salió del santuario y con paso diligente se adelantó a una hilera de viajeros de Biblos, y tras atravesar unas callejuelas pestilentes atestadas de carros, desembocó en una plaza donde se alzaba el afamado santuario de Astarté Marina, su preferido, donde sentía el hálito de la inmortalidad.

Era un tabernáculo a cielo abierto que franqueaban dos pilastras cuadradas y colosales, donde ejercían la prostitución sagrada las *hieródulas*, o rameras de la diosa, que se entregaban a los extranjeros por un siclo de plata. Berenice cumplió con sus rezos, saludó a las sacerdotisas y les dejó la copa; y tras ocultarse el rostro con el velo de seda salió del oratorio.

Luego, como hacía a diario, salió de las murallas con Lais y el esclavo, paseó por la orilla del mar en silencio y arrojó flores en recuerdo de su madre. Aquellas caminatas le renovaban las fuerzas para resistir y se decía a sí misma que una mujer descendiente de Casandra poseía infinidad de recursos para sobrevivir a las maldades de los mortales y de la pérfida Nefer.

Pasó meses de silencios y desprecios por parte de Nefer, y Berenice comenzó a inquietarse de verdad, pues la humillaba a cada momento. Cumplía aquel día quince años y quería agradecer a la diosa su bondad y rogarle su amparo. Llamó a Lais y al esclavo, y recogiendo su clámide y el velo, salió hacia el templo de Tanit donde encendió una lamparilla en recuerdo de su madre.

Mientras oraba en un rincón sintió en el estómago una punzada de angustia, y se inquietó. Buscó a una de las sacerdotisas para confiarle su desasosiego, pero se hallaban dentro del santuario en los oficios divinos. Desistió y trató de olvidarlo.

Al salir notó en su interior esa punzada premonitrice de las que preceden a una tragedia. Algo le decía que a causa de la egipcia su vida iba a cambiar muy pronto para peor, aunque ignoraba de qué naturaleza sería la perversidad.

Poseía esa facultad.

Hasta tuvo la sospecha de que aquella tarde no debía caminar por la orilla del mar con Lais y su esclavo, como hacía cada día y regresar a casa. Pero quiso retar al albur y se dirigió a la ribera para percibir la espuma del mar acariciando sus pies.

El ocaso era como un incendio, de esos que preceden a las noches sin luna y el firmamento se llena de miríadas de estrellas.

—Señora, debemos regresar, pronto oscurecerá —le rogó Lais con una expresión de contrariedad.

Berenice cometió el descuido inconsciente y comprometido de quien da por supuesta la bondad de todo el género humano.

—Veamos antes que traen en sus redes esos pescadores y después nos iremos —dijo al ver una barca que se acercaba meciéndose sobre las olas.

La contestación a Lais era una de esas respuestas de instintiva negligencia que acostumbramos a hacer en la ausencia de una amenaza desconocida. Y cuando se dieron cuenta del peligro, ya era demasiado tarde.

Los supuestos pescadores eran piratas tirsenos, los más crueles y desalmados del océano. En un santiamén le cortaron el cuello al esclavo que no tuvo tiempo de esgrimir su espada. Amordazaron a las dos muchachas, las echaron sin contemplaciones en el fondo de la barca y emprendieron la

huida hacia un navío que los esperaba en una ensenada cercana.

Unos vigías del torreón de poniente de la muralla observaron el rapto, pero cuando dieron la alarma, la chalupa había desaparecido de su vista. Unos vociferantes piratas tendieron una escala y corrió la primera sangre, pues Lais quiso zafarse y fue golpeada brutalmente en el rostro.

Berenice exhortó a la esclava a aceptar lo inevitable y se le acercó al oído para susurrarle:

—Mi padre nos rescatará. Tranquilízate.

Seguramente las habían estado observando desde hacía tiempo, y dos jóvenes constituían un succulento bocado para aquellas carroñas del mar.

A latigazo limpio, las conminaron a arrodillarse. Lais alzó sus sugerentes ojos negros y suplicó con lágrimas en los ojos:

—¡Su padre, el poderoso Aaronit de Tiro, os pagará un espléndido rescate de plata! ¡Os lo imploro! ¡Comunicádselo y os hará ricos!

Pero a su desesperado ruego sólo halló la cruel sonrisa de un corsario con una cicatriz en el pómulo, blancuzca y repugnante, quien de un puntapié la arrojó en el cordaje, cebándose después con su cuerpo, al que molió a patadas.

—Ya hemos recibido nuestra paga, esclava incauta. Su madre, esa egipcia tan seductora y generosa, nos ha pagado por vuestra captura más de los que su padre podría pagarnos por el rescate —y soltó una terrorífica carcajada.

Berenice y Lais se quedaron de piedra, sin aliento, y una pena profunda les royó las entrañas. La cruel Nefer se había desembarazado de un plumazo de la única que podía disputarle el trono de la casa y los afectos del acaudalado y poderoso Aaronit, que jamás sabría que ella había sido su fatal ejecutora.

Una jugada maestra de la perfidia.

Gritos desaforados, violencia, olor a sangre, cadenas y golpes, eran el futuro que les esperaba. Y seguramente la

esclavitud en un país lejano y desconocido donde su padre jamás la hallaría. Berenice sintió un raudal de náuseas subirlle del estómago. Tenía la boca seca como la estopa, pero no emitió una sola queja, ni un lamento.

Berenice comprobó que su fragilidad no les infundía compasión a los piratas, que bebían vino sin cesar y les hacían gestos obscenos en sus mismas caras. Aprovechando la marea, dispusieron rumbo a su guarida, que resultó ser una playa con un embarcadero abandonado de Sicilia, a la que llegaron diez días después, famélicas, hambrientas y acobardadas.

Atadas a una de las vergas de la cubierta sufrieron una quemazón despiadada en su piel, acostumbradas como estaban a las benignas temperaturas y exuberancias de Tiro.

Las recién capturadas, aterradas ante su suerte, buscaban una solución que aportara una salida a aquella situación tan pavorosa. Pero sólo encontraban el miedo y el desaliento.

El navío corsario franqueó un inaccesible despeñadero, y ancló en la playa escondida de un poblado espectral donde los aguardaba otra gentuza de la peor calaña. Era un paisaje estéril y desolado como un desierto.

El futuro no se presentaba nada halagüeño para Berenice y Lais, y el espectro de una muerte violenta planeaba sobre sus cabezas. Las arrodillaron en el arenal y el jefe, un hombretón brutal y desaliñado que esgrimía un látigo y un hacha descomunal, las señaló iracundo:

—Desde hoy carecéis de nombre, no sois nada, sino carne de grilletes y presas de mi propiedad. No me gusta lisiar a mis esclavas, pero si alguna de vosotras dos intenta huir, le aguarda una muerte lenta y horrible —les gritó enseñando unos dientes negruzcos.

Y entre carcajadas señaló a cuatro prisioneros, dos de ellos mujeres, siniestramente torturados, pero aún vivos. A ellas las habían flagelado y sujetado con cepos y sus cuerpos se habían convertido en una pura llaga. A otro le ha-

bían quemado las manos con brea y arrancado las uñas de los pies y el cuero cabelludo; y al cuarto le habían mutilado las orejas y cegado los ojos, antes de crucificarlo y despellearlo, para escarmiento del resto de los esclavos que pretendieran huir.

Gruñían de forma espantosa, con los ojos fuera de sus órbitas y las bocas babeantes emitiendo un sollozo lastimero y rogando un piadoso fin. Berenice se horrorizó.

Las arrastraron sin conmiseración y las encerraron en un sótano inmundo, con un hedor insoportable a paja podrida y a orines rancios. A media tarde trajeron una cesta con migas de pan negro y queso, y un odre de vino aguado que se disputaron como alimañas las dos recién llegadas y otras cinco mujeres enjauladas que se pudrían en aquel cobertizo de atmósfera irrespirable.

Berenice entretanto, se mordía los labios, y sentía un pavor espantoso por el futuro que le esperaba. No cabía mayor pesar, humillación y desesperación.

Y sintió una soledad desgarradora.

Con la luz del alba, su situación cobró la dureza de la cruda y aciaga realidad.

Los piratas se comportaban como gente sin alma, comían serpientes, frutos del mar, huevos de aves, lagartos, pájaros y perros, y vivían en las cuevas de los acantilados con sus coimas e hijos, en un pandemónium de suciedad, miseria y libertinaje. Y permanecían borrachos día y noche, provocando el terror de las prisioneras.

A la puesta de sol, solían acudir a la cárcel. Sacaban a dos inocentes jóvenes capturadas en las costas dálmatas y saciaban con ellas sus más bajos instintos entre gritos, bofetadas e improperios. Y lo hacían frente a las demás, para intimidarlas. Berenice las veía desnudas temblando, con su piel pálida y sudorosa por la reclusión, intentando a veces mostrarse apetitosas y complacientes para no ser golpeadas, y aguantando los besos y caricias brutales con resignación y risas impostadas.